

15 de febrero – 6º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO – AÑO A

Sir 15,15-20; 1 Cor 2,6-10; Mt 5,17-37

INTRODUCCIÓN

Un joven músico se quejaba una vez de que practicar escalas todos los días era agotador y limitante. “Estas reglas me quitan la libertad”, decía. Sin embargo, años más tarde, al estar en el escenario tocando con facilidad y alegría, comprendió la verdad: fueron precisamente esas disciplinas las que le dieron la libertad de crear música hermosa.

“La libertad” probablemente no sea lo primero que nos viene a la mente cuando pensamos en los mandamientos. Muy a menudo sentimos que las reglas, leyes y prohibiciones nos restringen. Y, sin embargo, el Evangelio de hoy contiene muchos mandamientos mientras Jesús continúa Su Sermón del Monte.

En el corazón de todo está una justicia mayor: no una obediencia rígida y temerosa de la ley, sino—como dijo

San Agustín—hacer más por amor de lo que Dios estrictamente exige. Se trata de elegir lo que realmente ayuda: lo que me hace crecer y lo que ayuda a las personas que encuentro cada día.

ACTO PENITENCIAL

Junto con todo lo que va bien en nuestra vida, la vida diaria también puede ser agotadora y difícil: con parejas e hijos, padres y amigos, compañeros de trabajo y personas que encontramos en nuestro tiempo libre. No todo siempre funciona a la perfección.

Y, sin embargo, siempre estamos invitados a acercarnos unos a otros, a dar un paso más, a apoyarnos mutuamente. Porque incluso con nuestros esfuerzos sinceros, no siempre cumplimos la voluntad de Dios, pedimos ahora Su misericordia.

Señor Jesucristo,

- proclamas la voluntad del Padre. Hablas en nuestro tiempo y en nuestras vidas—con claridad y sin compromisos. Señor, ten piedad.
- nos pides no seguir simplemente la letra de la ley. Tu enseñanza busca tocar nuestro corazón, para que toda nuestra vida se dirija hacia Tu palabra. Cristo, ten piedad.
- nos llamas a reconciliarnos con nuestros hermanos y hermanas antes de llevar nuestros dones al altar. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor todopoderoso y misericordioso mire con compasión sobre nosotros, sane lo que está herido por el pecado,
nos fortalezca en la fe y la esperanza,
y nos guíe por el camino de la verdadera conversión y hacia la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios bueno y misericordioso,
nos reunimos para recordar Tu mensaje y Tus promesas.
No permitas que nos cansemos de confiar en Tu palabra.
No permitas que nos cansemos de ser tocados,
despertados
y desafiados por Tu voz.
Te lo pedimos por el poder del Espíritu Santo,
ahora y por siempre. Amén.

HOMILÍA – “La Ley que Nos Lleva a la Vida”

Hace muchos años, un amigo me contó una historia de su infancia. Dijo: “Cuando era pequeño, mi mamá tenía reglas para todo: No tocar la estufa. No correr en la calle. No molestar a tu hermanita.

Un día le pregunté: ‘Mamá, ¿por qué tienes tantas reglas? ¡Otros niños no las tienen!’ Ella se arrodilló, me miró a los ojos y dijo: ‘Porque te amo demasiado como para dejar que te hagas daño.’”

Sólo muchos años después entendió: las reglas no eran cuestión de control, sino de protección, dignidad y amor. Eso es exactamente a donde el Evangelio de hoy quiere llevarnos.

1. Cuando la religión se siente como cumplir reglas pequeñas

Seamos honestos: la Iglesia a veces ha ganado la reputación de moralizar. Puede parecer que la fe es una larga lista de “No hagas esto” y “No hagas aquello.” Súmale el Evangelio de hoy—“Vuestra justicia debe superar a la de los escribas y fariseos”—y puede sentirse asfixiante.

Pero Jesús no está criticando a personas corruptas. Él compara a Sus discípulos con quienes ya eran expertos en cumplir la ley hasta el más mínimo detalle. Y aquí está el peligro: cuando el cumplimiento de reglas se lleva al extremo, las personas se vuelven ansiosas, escrupulosas o autojustificadas.

Entonces, ¿qué quiere Jesús que vaya más allá incluso de su esfuerzo riguroso? No más reglas, sino un corazón más profundo.

2. Lo que los mandamientos realmente son Debemos dar un paso atrás y preguntarnos:

¿Por qué Dios da mandamientos?

Desde el Antiguo Testamento hasta Jesús, tienen dos propósitos:

Primero, los mandamientos protegen la vida en común.

Previenen el caos, la injusticia y el daño.

Segundo, revelan a Dios.

Muestran Su corazón:

- un Dios que valora a cada ser humano,
- un Dios que protege su dignidad,
- un Dios que ama con fuerza.

Un “No tocar la estufa” de una madre no es poder; es amor. Los mandamientos de Dios son iguales.

Cuando los interiorizamos, comenzamos a ver con los ojos de Dios.

3. Jesús afina la ley—no para agobiarnos, sino para liberarnos

Cuando Jesús dice: “Habéis oído... pero yo os digo...”, no reemplaza la ley, sino que nos lleva a su esencia.

El problema con los fariseos no era su obediencia, sino su obediencia externa. A menudo cumplían la letra mientras ignoraban a los seres humanos. Por eso Jesús va más profundo:

- No solo “No matarás”, sino “No hieras con tus palabras.”
- No solo “Evita el adulterio”, sino “Cuida el corazón donde comienza la infidelidad.”
- No solo “Di la verdad bajo juramento”, sino “Que tu sí siempre sea sí.”

No construye una valla de miedo; abre un camino de libertad.

Anécdota – El novicio y el abad

El abad retirado de la Abadía de Melk contaba sus días como novicio.

Se quejaba con su director espiritual sobre costumbres molestas del monasterio.

El director simplemente dijo: “Entonces hazlo diferente.”

En otras palabras:

No vivas la fe con estándares mínimos. Vívela desde un corazón renovado.

Ese es exactamente el mensaje de Jesús: no preguntes “¿Hasta dónde puedo llegar sin pecar?” Pregunta más bien: “¿Hasta dónde puede llegar el amor?”

Ahí es donde los mandamientos florecen.

4. El Evangelio como control de integridad estructural

Un amigo vive en una casa cuyas partes más antiguas datan del siglo XV. Recientemente pasó por una inspección estructural completa. Pisos abiertos, vigas expuestas, cada grieta medida. Fue agotador, pero necesario. Una casa necesita estabilidad.

El Evangelio de hoy es como una inspección estructural para nuestro discipulado.

Jesús pregunta: “¿Qué sostiene tu vida?”

Cada uno de nosotros conoce los momentos en que la estructura vacila:

- una relación rota
- enfermedad en la familia
- desempleo
- sensación de fracaso
- incertidumbre sobre la vocación
- una carga que parece demasiado pesada

En estos momentos, los mandamientos no están para aplastarnos, sino para sostenernos, como las vigas de una casa antigua. Nos sostienen, no nos encierran.

5. Jesús quiere abrumarnos—para que todos estemos al mismo nivel

No nos engañemos: las palabras de Jesús hoy son

abrumadoras. Incluso los fariseos no podían cumplirlas todas perfectamente.

Pero aquí está el secreto:

Jesús habla así de manera radical para poner a todos al mismo nivel.

Ninguno de nosotros puede jactarse.

Ninguno puede decir: “He hecho suficiente.”

Todos necesitamos gracia.

Todos necesitamos Su Espíritu.

La ley muestra la dirección.

El amor da la fuerza para caminarla.

Y el propósito no es quedarse quieto, sino avanzar.

Anécdota – El comienzo oculto de la violencia

Una maestra me contó de un niño en su clase que insultaba repetidamente a otro.

Cuando lo confrontó, dijo: “¡Pero era solo una broma!”

Sin embargo, el otro niño lloraba todos los días al llegar a casa.

La maestra dijo: “¿Ves? La violencia comienza mucho antes de los puños.”

Eso es exactamente lo que dice Jesús: el mal comienza mucho antes de ser visible.

Las palabras pueden aplastar.

Las miradas pueden herir.

Los pequeños resentimientos, si se descuidan, se vuelven veneno.

Por eso Jesús nos llama a la reconciliación antes incluso de llegar al altar.

6. Jesús fue un judío fiel—y cumplió la ley por amor
A veces la gente imagina a Jesús como alguien que pasaba por alto el Antiguo Testamento, o que predicaba un Dios “agradable” sin exigencias. Pero Jesús fue un judío fiel que veneraba la Ley de Moisés.

Se resistió a cualquier intento de convertirlo en un ícono inofensivo o en excusa para desechar lo difícil de la fe.
Afinó la ley no para crear vigilancia, sino para despertar responsabilidad personal:

- Debo buscar la verdad, no solo bajo juramento.
- Debo buscar la reconciliación, no solo cuando sea conveniente.
- Debo cuidar mi corazón, no solo mis acciones.
- Debo honrar a los demás, no solo evitar hacerles daño.

No es la comunidad vigilándome.

Es Jesús confiándome mi propia conciencia.

Esto es libertad. Esto es dignidad.

7. Los mandamientos como apoyos, no como cadenas
La Primera Lectura nos recuerda:

Dios nunca nos tienta.

Siempre nos llama hacia la vida.

Vividos en su espíritu, y no solo en la letra, los mandamientos se convierten en apoyos que nos ayudan a ser sal de la tierra y luz del mundo.

No son una jaula.

Son una brújula.

Y cuando el amor los completa, comenzamos a vivir de manera diferente:

- Diferente con nuestro prójimo
- Diferente con quienes nos hacen daño
- Diferente con quienes necesitan perdón
- Diferente con Dios

O, en palabras de aquel director de retiro: “Hazlo diferente.”

Historia final – El muro reparado

Un albañil trabajaba en una casa con grietas profundas en una pared. El dueño dijo: “Solo píntala.”

Pero el albañil respondió: “Si la pinto, la grieta volverá. Debo abrir la pared, reparar los cimientos y fortalecer la estructura. Solo entonces estará completa.”

Hermanos y hermanas, Jesús se niega a “pintar sobre” nuestras vidas. Nos ama demasiado.

Abre lo frágil, sana lo roto, fortalece lo débil y restaura lo que no puede sostenerse solo. Sus mandamientos no son

pintura.

Son el cimiento.

Su amor es la fuerza.

Y Su Espíritu es el albañil.

Que lo dejemos reparar la estructura, para que nuestras vidas se mantengan firmes—y brillen con Su luz. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Ahora profesemos nuestra fe con las palabras del Credo—nuestra fe en el Dios que nos ama y desea llenar nuestras vidas con Su bondad:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Habiendo escuchado la Palabra de Dios que nos llama a una libertad más profunda del corazón, pongamos ahora sobre el altar no solo pan y vino, sino también nuestro deseo de vivir desde el amor y no desde la mera obligación. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios misericordioso,
no podemos darte nada que no hayamos recibido primero
de Ti.

Pero míranos con bondad: te traemos pan y vino,
nuestro trabajo y nuestras preocupaciones, nuestro valor
para vivir

y todo lo que ha ido bien para nosotros.

Tú que transformas el pan y el vino,
transforma también nuestras vidas
en Cristo, Tu Hijo, nuestro hermano y Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y
nuestra alegría,

darte gracias siempre y en todo lugar, Dios eterno.

Desde el principio,
has escrito tu ley en el corazón humano.

Con el pueblo que elegiste para ti
y sacaste de la esclavitud en Egipto,
hiciste un pacto

y guiaste sus vidas mediante tus mandamientos.

A través de los profetas, los llamaste una y otra vez
a recordar tus caminos.

Por medio de Jesús,
nos has llamado a tu pueblo
y renovaste tu pacto.

Él nos envió al Espíritu
que nos permite conocer tu voluntad
y remodelar nuestra vida según tu amor.

Y así, con todos los ángeles y toda la creación,
te alabamos y cantamos el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos a Cristo,
que cumplió la ley no por miedo sino por amor,
nos atrevemos a llamar a Dios nuestro Padre
y confiamos nuestra vida en Sus manos mientras
rezamos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
de corazones que se endurecen
y de una fe que olvida la compasión.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados
por tu misericordia, podamos vivir como personas íntegras
y reconciliadas, y esperar con esperanza la venida de
nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
nos enseñaste que la reconciliación viene antes del
sacrificio.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele tu paz y unidad de acuerdo con tu voluntad.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que sana lo que está roto
y fortalece lo que es débil.
Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido no solo pan y vino,
sino al mismo Cristo—Quien escribe la ley de Dios en
nuestro corazón.

Permanecemos un momento en silencio,
pidiendo que Su presencia dentro de nosotros
se haga visible en paciencia, verdad y amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Camina con nosotros, Dios fiel, mientras retomamos
nuestro camino.

Sin tu apoyo, sin tu presencia que guía, no podemos vivir.
Lo que aún no conocemos está seguro contigo:
los días que vendrán, las personas que encontraremos,
las palabras que necesitaremos encontrar.
Que tu rostro brille sobre nosotros
y nos conceda tu paz.
Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios,
que te ha llamado a la fe en el corazón,
te fortalezca para vivir en fe y esperanza.
Que Cristo, que cumplió la ley por amor,
guíe tus pasos y proteja tu conciencia.
Espíritu Santo, que habita en ti,
renueve tu corazón y dé valor para los días que vienen.
Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, y que sus vidas proclamen
la libertad que viene del amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Los mandamientos de Dios no son límites que soportar,
sino apoyos que sostienen nuestra vida.
Cuando el amor los completa,
dejan de ser una carga—
y se convierten en un camino hacia la libertad.

16 de febrero de 2026 – Lunes de la 6ª Semana del Tiempo Ordinario

Santiago 1,1–11; Marcos 8,11–13

*La fe sin exigir señales – confiar en Dios en lo ordinario y
en la prueba*

INTRODUCCIÓN

Un joven le dijo una vez a un sacerdote: “Si Dios me diera
una señal clara, entonces realmente creería.”

El sacerdote sonrió y respondió: “¿Y si ya lo ha hecho,
pero estabas mirando en la dirección equivocada?”

Ese sencillo intercambio toca algo muy humano.

Anhelamos certeza. Queremos pruebas indiscutibles: algo
dramático, convincente, innegable. Como los fariseos del
Evangelio de hoy, a veces decimos a Dios: “Muéstrame, y
entonces confiaré en ti.”

Pero la extraña verdad de la fe es esta: Dios rara vez nos
abruma con señales; en cambio, nos invita a una relación.

Hoy nos reunimos no porque todas nuestras preguntas
tengan respuesta, sino porque el Señor desea estar entre
nosotros. Él nos encuentra en silencio, en su Palabra, en

esta Eucaristía y en los unos a los otros. Al comenzar esta celebración, abramos nuestro corazón para reconocer al Dios que ya está presente.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, reconozcamos ante Dios y ante nosotros mismos que nuestra fe a menudo es vacilante, y pidamos la misericordia que nos fortalece y renueva.

- Señor Jesús, nos llamas a confiar en ti aun cuando no entendemos. Señor, ten piedad.
- Cristo Jesús, permaneces paciente cuando exigimos señales en lugar de entregarnos con fe. Cristo, ten piedad.
- Señor Jesús, nos encuentras no en el espectáculo, sino en tu presencia fiel. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de misericordia,
que conoce nuestra debilidad y nuestro corazón inquieto,
nos perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe
cuando es puesta a prueba,
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios, nuestro Padre amoroso,
nos creaste para la alegría y la confianza,
pero sabes lo fácilmente que la decepción, el miedo y el sufrimiento sacuden nuestra fe.

Concédenos la sabiduría para buscarte sinceramente,
el valor para confiar en ti en tiempos de prueba,
y la paciencia para crecer a través de lo que soportamos.
Que nuestra fe madure y que nos volvamos atentos a las
necesidades de los demás, como signos vivos de tu
presencia. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

La mayoría de nosotros conoce la historia de Robinson Crusoe. De niño, lo que más me preocupaba no era el naufragio ni la lucha por sobrevivir, sino la soledad. Robinson no tenía a nadie con quien hablar, nadie con quien compartir sus pensamientos, miedos o esperanzas. Tenía que cargar con todo solo... hasta que llegó Viernes.

Solo entonces terminó su aislamiento.

En cuanto a la fe, muchas personas hoy se sienten como Robinson en esa isla solitaria. La fe ya no es algo que se comparta naturalmente o de lo que se hable abiertamente. A menudo nos sentimos aislados en nuestras preguntas, inseguros sobre nuestras dudas y reacios a hablar abiertamente de la creencia. Anhelamos alguien —o algo— que nos asegure que no estamos solos.

En el Evangelio de hoy, los fariseos piden a Jesús una señal del cielo. Marcos nos dice que Jesús responde “con un suspiro que brotó del corazón.” Es el suspiro de quien sabe que ninguna señal será suficiente para quienes se niegan a confiar. No buscan realmente la fe; están poniendo a prueba a Dios.

La Carta de Santiago nos dice que la fe no se prueba por el éxito o la facilidad, sino que se refina a través de la prueba. La fe crece cuando se pone a prueba, cuando aprende la perseverancia, cuando confía sin garantías. Esto nos resulta difícil, porque preferimos la claridad a la confianza, el control a la entrega.

Jesús no rechaza las señales del todo. Más bien, se niega a reducir la fe a una prueba. Para quienes tienen el corazón abierto, él mismo es la señal: en su compasión, su perdón, su cercanía a los pobres, su disposición a sufrir por amor.

Los testigos de la fe que conserva la Escritura son como “Viernes” para nosotros. Nos hablan a través del tiempo. Nos cuentan cómo personas reales lucharon, dudaron, confiaron y descubrieron que Dios era fiel incluso cuando no podían ver claramente.

Alguien dijo una vez: “Recé para que Dios me quitara mi carga, pero en cambio me enseñó cómo llevarla.”

Así es como suele funcionar la fe. Dios no elimina toda prueba, pero tampoco nos abandona dentro de ellas.

Si hoy nos sentimos inseguros, puestos a prueba o anhelando señales, recordemos: la fe no comienza cuando todo está claro. La fe comienza cuando nos atrevemos a confiar en que Dios ya está presente, incluso en silencio, incluso oculto, incluso en lo ordinario.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiando no en señales, sino en el amor fiel de Dios,
presentemos al altar los dones de pan y vino,
y con ellos nuestra vida:
nuestras preguntas, nuestras luchas y nuestra confianza.
Recemos para que sean aceptables ante Dios, Padre
todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estas ofrendas que te presentamos.
Así como el pan y el vino se transforman por tu Espíritu,
transforma también nuestro corazón:
del miedo a la confianza,
de la duda a la perseverancia,
de la autosuficiencia a la fe en ti.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario,
nuestro deber y nuestra salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,

Señor, Santo Padre, Dios todopoderoso y eterno.
Porque llamas a tu pueblo a caminar por fe y no por vista.
En tu Hijo, nos has dado
no una señal para ser probada,
sino una presencia en quien confiar.
En sus palabras, sus obras y su amor entregado,
revelas tu cercanía al mundo.
Nos enseña a descubrir tu gloria
en los momentos ordinarios de la vida,
en la perseverancia frente a la prueba,
y en el amor que perdura sin necesidad de pruebas.
Y así, con los ángeles y arcángeles
y todos los ejércitos celestiales, proclamamos tu gloria,
y sin cesar aclamamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en nuestro Padre celestial —
no porque veamos claramente, sino porque somos
amados —
recemos como nos enseñó Jesús.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te suplicamos, de todo mal,
especialmente del miedo que debilita la confianza.
Concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos
por tu misericordia,
podamos perseverar en la fe, crecer en la esperanza
frente a la prueba y esperar con confianza
la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, suspiraste ante la incredulidad
y nunca retiraste tu compasión.
No mires nuestras dudas, sino la fe de tu Iglesia.
Concédele paz y unidad,
y ayúdanos a ser signos de tu presencia
en un mundo que anhela sentido y esperanza.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En este pan sencillo, Dios se entrega a nosotros una vez
más. La fe no se prueba aquí, se alimenta.
Que esta comunión nos fortalezca
para confiar en Dios de manera silenciosa, fiel y cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
nos has alimentado con el pan de vida.
Fortalece nuestra fe,
para que reconozcamos tu presencia
en los momentos ordinarios y de manera oculta,
y nos volvamos signos vivos de tu amor para los demás.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios te bendiga
con una fe que soporta las pruebas,
con ojos que reconocen su presencia,
y con corazones que confían incluso en la incertidumbre.
Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en el Señor
que camina con ustedes, aunque el camino sea incierto.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe no exige señales;
aprende a reconocer la presencia.

**17 de febrero de 2026 – Martes de la 6.^a Semana del
Tiempo Ordinario – *Santiago 1,12–18; Marcos 8,14–21***

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, una maestra dio a sus alumnos una tarea sencilla: “Escuchen con atención. Lo explicaré solo una vez.”

Habló despacio y claramente. Sin embargo, cuando los estudiantes comenzaron el ejercicio, casi todos lo hicieron mal. Frustrada, la maestra preguntó: “¿Escucharon lo que dije?”

Un estudiante respondió honestamente: “Sí, maestra, pero estaba pensando en otra cosa.”

Ese sencillo momento refleja la Palabra de Dios que escuchamos hoy. Los discípulos oyen a Jesús, caminan con Él, ven sus milagros... pero están preocupados por el pan, las carencias y el miedo. Escuchan, pero no prestan verdadera atención. Ven, pero no comprenden del todo.

Hoy nos reunimos quizá con el estómago lleno, pero con el corazón distraído; con muchas palabras en los oídos,

pero poco silencio en nuestro interior. Jesús nos invita nuevamente a escuchar con profundidad, a confiar más allá de lo que podemos contar o controlar, y a dejar que Su Palabra nos alimente más que el pan. Abramos nuestro corazón a Él.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, conscientes de nuestras distracciones, de nuestros miedos y de nuestra falta de confianza, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor misericordia.

- Señor Jesús, nos hablas, pero a menudo tardamos en entender. Señor, ten piedad.
- Cristo Jesús, nos nutres con tu Palabra, pero nos aferramos a seguridades falsas. Cristo, ten piedad.
- Señor Jesús, permaneces fiel aun cuando no comprendemos y fallamos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de paciencia y misericordia abra nuestros ojos y destape nuestros oídos,

perdone nuestros pecados, sane nuestra ceguera y nuestros temores, y nos guíe con confianza y esperanza, por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro Padre,
en medio del ruido y la confusión de nuestros días,
tú continúas hablando tu Palabra viva.
Libéranos de las tentaciones que nacen del miedo y del deseo,
abre nuestros corazones a confiar en tu providencia,
y enséñanos a vivir no solo del pan,
sino de toda palabra que sale de ti.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre se quejó una vez a su director espiritual:

“Padre, Dios nunca me habla.”

El sacerdote respondió con suavidad: “Quizás sí lo hace,

pero estás escuchando con una calculadora en lugar de un corazón.”

Eso es exactamente lo que ocurre en el Evangelio de hoy. Los discípulos están en una barca con Jesús. Acaban de presenciar la multiplicación de los panes y los peces, pero se preocupan porque solo tienen un pan. Jesús habla de la levadura, símbolo de corrupción oculta, pero ellos escuchan solo escasez. Su mente está fija en lo que les falta, no en quién está con ellos.

Santiago, en la primera lectura, nos recuerda que la tentación no viene de Dios. Dios da solo dones buenos. La tentación surge cuando el deseo sustituye a la confianza, cuando el miedo reemplaza a la fe. Los discípulos no son pecadores por carecer de pan; luchan porque les falta perspectiva.

Las preguntas incisivas de Jesús —“¿Todavía no entienden? ¿Tienen el corazón endurecido?”— no son palabras de rechazo, sino de profunda preocupación.

Como un maestro que no se rinde, Jesús sigue preguntando, sigue esperando, sigue caminando con ellos.

Después de la Resurrección, Jesús se encuentra nuevamente con esos mismos discípulos confundidos y temerosos. No los reprende. Parte el pan con ellos.

Una niña preguntó una vez a su madre: “¿Por qué Dios sigue perdonándonos?”

La madre respondió: “Porque Él ve no solo quiénes somos, sino en quiénes nos estamos convirtiendo.”

Esa es la esperanza de hoy. Podemos malinterpretar, preocuparnos demasiado por el pan o escuchar mal. Pero Cristo permanece fiel. Va delante de nosotros. Nos alimenta de nuevo, con Su Palabra, Su paciencia y Su misma vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confianto no en lo que traemos, sino en la bondad del Dador, presentemos al Señor nuestras ofrendas y oremos para que sean aceptables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que ofrecemos,
y purifica nuestro corazón de todo lo que nos ciega a tu
presencia.

Que este sacrificio fortalezca nuestra confianza en ti
y nos haga atentos oyentes de tu Palabra.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, deber y salvación
nuestra, siempre y en todo lugar darte gracias,

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú eres el dador de todo don bueno y perfecto.

No tienta a tus hijos,

sino que los prueba y fortalece

para que crezcan en libertad y confianza.

En tu Hijo, Jesucristo,

has revelado un amor que no abandona,

una paciencia que no se cansa,

y una misericordia que siempre nos invita a comenzar de
nuevo.

Por eso, con los Ángeles y Arcángeles,
y con todos los coros celestiales,
proclamamos tu gloria
y sin cesar aclamamos:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con corazones enseñados por Cristo a confiar en el Padre
más allá del miedo y la tentación, recemos como Él nos
enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,

y especialmente de los miedos que nublan nuestra
confianza.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, con la
ayuda de tu misericordia,
siempre estemos libres del pecado y seguros de todo
peligro,

mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
permaneciste fiel a tus discípulos
incluso cuando no te comprendían.
Mira no nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele pacíficamente la unidad
según tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que nos alimenta no solo con pan,
sino con su misma vida.
Bienaventurados los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido el Pan de Vida.
Que esta comunión calme nuestros temores,
agudice nuestra escucha
y nos enseñe a confiar en que Cristo es suficiente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que el sacramento que hemos recibido, Señor,
sane nuestra ceguera, nos fortalezca contra la tentación
y nos alimente en nuestro camino de fe,
para que vivamos de tu Palabra
y caminemos en tu paz.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios abra tus ojos para ver Su obra,
tus oídos para escuchar Su Palabra,
y tu corazón para confiar en Su providencia.
Que Cristo vaya delante de ti en cada camino,
especialmente cuando te sientas perdido o desprevenido.
Que el Espíritu Santo te guarde de la tentación
y te fortalezca en fe, esperanza y amor.
Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, escuchando con profundidad, confiando
plenamente
y viviendo de la Palabra del Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando el miedo cuenta panes, la fe recuerda quién está
en la barca.